

Sesión 15ª, en martes 26 de noviembre de 1963

Especial

(De 16.15 a 18)

*PRESIDENCIA DEL SEÑOR HUGO ZEPEDA BARRIOS
SECRETARIO, EL SEÑOR PELAGIO FIGUEROA TORO.*

INDICE

Versión taguigráfica

	<u>Pág.</u>
I. ASISTENCIA	1456
II. APERTURA DE LA SESION	1456
III. ORDEN DEL DIA:	
Homenaje a la memoria del ex Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica John F. Kennedy. (Discursos de los H. Senadores señores Zepeda, Vial, Tomic, Durán, Allende y el Ministro del Interior, señor Del Río)	1456

VERSION TAQUIGRAFICA

I. ASISTENCIA

Asistieron los señores:

—Aguirre D., Humberto	—Gómez, Jonás
—Alessandri, Eduardo	—González M., Exequiel
—Alessandri, Fernando	—Ibáñez, Pedro
—Alvarez, Humberto	—Larraín, Bernardo
—Allende, Salvador	—Letelier, Luis F.
—Amunátegui, Gregorio	—Maurás, Juan L.
—Barros, Jaime	—Pablo, Tomás
—Contreras, Víctor	—Quinteros, Luis
—Correa, Ulises	—Rodríguez, Aniceto
—Corvalán, Luis	—Sepúlveda, Sergio
—Curti, Enrique	—Tarud, Rafael
—Chelén, Alejandro	—Tomic, Radomiro
—Durán, Julio	—Vial, Carlos
—Echavarri, Julián	—Videla, Hernán
—Enríquez, Humberto	—Von Mühlenbrock, Julio
—Faivovich, Angel	—Zepeda, Hugo
—Frei, Eduardo	

Concurrieron, además, los Ministros del Interior; de Economía, Fomento y Reconstrucción; de Hacienda y del Trabajo y Previsión Social.

Actuó de Secretario el señor Pelagio Figueroa Toro y de Prosecretario el señor Federico Walker Letelier.

II. APERTURA DE LA SESION

—*Se abrió la sesión a las 16,15, en presencia de 23 señores Senadores.*

El señor ZEPEDA (Presidente).— En el nombre de Dios, se abre la sesión.

III. ORDEN DEL DIA

HOMENAJE A LA MEMORIA DEL EX PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA, JOHN FITZGERALD KENNEDY.

El señor ZEPEDA (Presidente).—Honorable Senado:

Un escritor inglés de certera pluma pudo decir, en alguna ocasión, que “la vida

nivela a todas las personas; la muerte revela las eminentes”.

Y es así.

Siempre fue así.

Desde la más remota antigüedad, desde la primera línea que narra la historia del mundo, miles de millones de seres humanos, cuyos rasgos esenciales y diversos han venido configurando el rostro multiforme de la humanidad, pasaron por la existencia como oscuros integrantes de espesas migraciones, que fluían como ríos de caudales inagotables.

Pero no todos los seres humanos.

Algunos, los menos, en la hora en que sus semejantes juzgaron lo que ellos eran y significaban, en la hora del juicio terreno —que no siempre suele ser ecuánime—, pudieron dar testimonio de una vida que la muerte descubrió que había sido superior, porque dejó un quehacer culminado, una palabra perdurable, el recuerdo de un ejemplo sobreviviente.

A esta categoría selecta de existencias perteneció la de John Kennedy, el ilustre Mandatario norteamericano recién desaparecido, y cuyo trágico deceso, tan odioso como cruel, puso lágrimas en los ojos del hombre común de todos los continentes, en la faz dolorida de la humanidad, porque él supo ser un estadista de este tiempo y para este tiempo, un tenaz sembrador de fe, paz y bienestar, que luchó por que densos núcleos humanos no cayeran en la tentación de la desesperanza.

Heredero del pensamiento político demócrata de Woodrow Wilson, Franklin Délano Roosevelt y Harry Truman, el ex Presidente Kennedy modeló también su espíritu con las enseñanzas de ese gobernante sobrio y prudente que se llamó Abraham Lincoln.

Creía, como él, que “los dogmas del tranquilo pasado son inadecuados en el tormentoso presente. Los tiempos que vivimos están llenos de dificultades y es nuestro deber mostrarnos a la altura de

los mismos. Nos enfrentamos con nuevas circunstancias; debemos, pues, pensar y obrar de acuerdo con ellas. Debemos emanciparnos de nosotros mismos”.

Y como también creyó, tal como el humilde leñador que devino en el Presidente símbolo del pueblo norteamericano, que todos los hombres son creados en igualdad, John Kennedy se esforzó, no ya para liberar a los esclavos, sino para que los seres humanos, cualquiera que fuese el color de su piel, pudieran vencer la servidumbre del racismo, la ignorancia y la miseria.

Es que Dios, Honorable Senado, no estuvo ausente de su alma ni de su pensamiento.

Estimaba que ahora, como nunca en otra ocasión precedente, cientos de millones de hombres y mujeres, que antes creían que el mejor remedio era la resignación estoica frente al hambre, la enfermedad y el oscurantismo, han adquirido en su fuero interno el convencimiento de que se hallan a su alcance los medios con los cuales podrán conocer una existencia más decorosa.

La ciencia moderna y la tecnología son los medios que pueden erradicar la pobreza en todas partes del mundo.

De ahí que a Kennedy le angustiara el porvenir de “las naciones que comienzan a despertar en Africa, los inquietos pueblos de Sudamérica, los dolientes millones de seres asiáticos”.

Estaba firmemente persuadido de que, por el bien de Africa, por el bien de Occidente, “nuestro objetivo debe ser un Africa fuerte, porque sólo un Africa fuerte puede ser resultado de un pueblo fuerte, y ningún pueblo puede llegar a ser fuerte en un clima de servidumbre y de indignidad social”.

Respecto de América Latina, al terco desafío de sus doscientos millones de habitantes, al dilema de solidaridad o desintegración, Kennedy, como hombre del

Nuevo Continente, pensaba que aquello que une a las naciones de este hemisferio es muchísimo más importante que lo que nos separa, pues económica, militar y diplomáticamente dependemos los unos de los otros.

Y añadía: “Estamos unidos por nuestro amor a la paz y a la libertad, por estrechos lazos culturales y por la fuerza de un antiguo compañerismo”.

Acaso coincidiera con Ortega y Gasset en estimar que ahora va a empezar la Historia de América en todo el rigor de la palabra.

De ahí que, bajo su Gobierno, la Carta de Punta del Este diera origen a un vasto programa cooperativo interamericano, destinado a eliminar cualquier tipo de tiranía física o mental en el hemisferio, cuyo progreso socio-económico debe ser consubstancial a su libertad política.

Luchador de la igualdad racial, del progreso de las naciones en vías de desarrollo y de la paz, el ex Presidente Kennedy postulaba para su país una vocación misional, ya que pretendía crear “una América en la que oportunidades iguales para todos y una equitativa justicia económica se hallasen al alcance de todos los hombres de todas las edades, razas y creencias; una América que había de ser, como deseaban que fuere sus fundadores, un vivo ejemplo de libertad para el mundo”.

Destino misional éste, que Kennedy en alguna ocasión precisó con palabras que perfilaban su nítido pensamiento de gobernante hondamente humano y que quedarán vibrando junto a su nombre preclaro: “Pues en tanto existan barrios pobres en los que las gentes tengan que vivir; en tanto haya escuelas que se encuentren atestadas o sean anticuadas o inadecuadas; en tanto haya hombres dedicados a buscar empleos y viviendas decorosas; en tanto haya personas enfermas necesitadas de atención médica; en tanto alguien sufra los defectos de la discrimina-

ción a causa de su color, su raza, su religión o su origen nacional, la tarea de América no estará realizada”.

Como se preocupaba del hombre inominado, del habitante disminuido de la subhumanidad, quien ejerció sagaz rectoría sobre el país más poderoso de Occidente, en todo instante estuvo dispuesto a hacer realidad lo que él llamó el más viejo sueño del hombre: la paz del mundo.

Por ella libró rudas batallas y por alcanzarla en términos honrosos para los millones de seres que representaba, en más de una oportunidad la incomprensión y la injusticia ensombrecieron su alma luminosa e iluminada.

Sin embargo, el Tratado Nuclear de Moscú, que el señor Kennedy reputó como “de esperanza para un mundo más pacífico”, constituye un firme paso adelante en esta ímproba tarea de lograr la paz, y un triunfo para quien, como él, pensaba que ninguna época ha sido más prolífica en palabras que la nuestra. “Pero —agregaba— las palabras no bastan, los cohetes no bastan, los átomos no bastan, porque, como antes, precisamos ideas más avanzadas, más penetrantes, más sabias y más resistentes”.

No sólo el destino del hombre inquietaba al ex Mandatario norteamericano. También quería conquistar los desiertos, explorar las estrellas, tocar las profundidades del océano y estimular las artes y el comercio. Mucho de ello alcanzó a hacer, en el breve período de su dirección política, para bien de su país, de América Latina, de la humanidad toda.

Chile, que tuvo en él a un probado amigo, en los meses posteriores al día en que la naturaleza castigó implacablemente un tercio de nuestro territorio, supo de su abnegada solidaridad para con nosotros, de su hermoso gesto humano, que este pueblo jamás olvidará.

Es también por ese gesto que el alma nacional se ha conmovido hondamente con su trágico deceso, y la ha cubierto una

tristeza que sólo es provocada cuando muere un amigo de verdad.

Y tal categoría tuvo para nosotros el ex Presidente Kennedy.

No es éste el momento para juzgar su obra, que fue fecunda, ni abrir análisis acerca de las iniciativas que propugnó, tanto en lo doméstico como en el ámbito internacional.

Hombre de coraje, cuyas ideas esenciales hemos procurado esbozar, el señor Kennedy, para imponer su política que llamó de Nueva Frontera, debió encarar con paciencia y decisión a líderes y grupos opositores, que lo combatieron con denuesto.

América Latina, muy especialmente, contrajo con él una deuda de gratitud, pues, no sólo comprendió en profundidad sus problemas económicos y sociales, sino que reclamó con vehemencia de sus amigos y partidarios, en el Congreso y en la Administración, el apoyo irrestricto a proposiciones suyas tendientes a estimular el desenvolvimiento de economías que, por su escasa productividad, generan sociedades débiles y prematuramente envejecidas, que atan a nuestros pueblos, a la humanidad sumergida en el subdesarrollo.

Honorable Senado:

Una línea, cada vez más perceptible, pareciera vincular las vidas de Lincoln y Kennedy. A ambos movió una misma pasión generosa por sus compatriotas, cuyo origen racial o creencias religiosas, para ellos, no eran factores excluyentes, sino, por lo contrario, elementos de integración para constituir una comunidad amplia y firmemente consolidada. A ambos, también, por la forma tan similar en que encontraron la muerte, el pueblo los ha enaltecido a la categoría de héroes civiles.

Como Presidente del Senado de Chile, la más alta Corporación de nuestra democracia representativa, expreso esta tarde mi sincero dolor por el desaparecimiento de tan insigne ciudadano del mundo, de

quien puede decirse que jamás apartó su conducta de gobernante de las inmortales palabras que cierran la bella oración de Abraham Lincoln, pronunciada hace un siglo en Gettysburg: "Porque esta Nación, protegida de Dios, tenga nuevo nacimiento de libertad; y porque el Gobierno del Pueblo, por el Pueblo, para el Pueblo, no perezca en la tierra".

El señor VIAL.—Señor Presidente:

Por modesta que sea mi palabra, ya que no encarna otra representación directa que la personal, me sería doloroso contrariar el vehemente deseo de mi espíritu y no participar en este homenaje del Senado de Chile, que es la voz de todo nuestro pueblo, tanto del ciudadano humilde como del más destacado. Debemos todos formar guardia en el momento de rendir esta ofrenda al héroe caído en aras de la auténtica democracia.

Las horas de aflicción y dolor son las que unen a los hombres. Entonces, hasta las pasiones más bastardas parece que se ablandan y desintegran; las enemistades se amortiguan; las ambiciones reducen su ritmo sin lógica proporción, y se tiene la sensación de que todo se concentra en ansias de verdad.

¿Por qué sucede esto, y con mucho más fuerza cuando la desgracia es irremediable? ¿Qué energía maravillosa es la que da justicia plena al recuerdo? ¿Acaso la separación del alma, que se aleja de las tristezas del mundo, irradia en esos momentos un efluvio misterioso que es luz de nuestra inteligencia, bondad de nuestro pensamiento y equidad perfecta de nuestro juicio?

He debido incluir estas consideraciones en los recientes días últimos, cuando la imagen del Presidente Kennedy vagaba por mi mente confundida. Lo veía a través de su cara sonriente de hombre sano de corazón, en la Casa Blanca, hace apenas pocos meses; en la voz decidida y convincente de sus discursos, arengas y conferencias; en esas impresiones de prensa

en que aparece con su hijo pequeño, prodigándole la enseñanza del amor; y finalmente, en el cruel chasquido de la bala asesina, cuyo eco mortal traspasó montañas y mares para entristecer a todos los hombres sanos de la tierra.

Ha muerto John Kennedy, y es sólo ahora cuando se comprenden y declaran sus grandes atributos y sus nobles virtudes. Al alejarse de esta tierra de dolores y traiciones, el misterioso efluvio nos hizo comprender cómo quiso él, con toda su alma, redimir la pobreza y el dolor de los pueblos latinoamericanos; cómo sacrificó cualquier orgullo, para concertar el amor de los hombres y alejar los horrores atómicos; cómo nunca trepidó en crearse enemigos, a trueque de consagrar amplio respeto humano a sus negros, que habían combatido también junto a él, valientemente, en la lancha torpedera, por la defensa de la libertad.

Sólo ahora se proclaman por doquier, con justo tono, sus condiciones de inteligencia y valor, de discreción, de moral y, sobre todo, de honradez cívica. Sólo ahora adivinamos seriamente todo lo cruel que fue para su espíritu la lucha que sostuvo con aquellos ciegos opositores del Parlamento que, por razones banales o codicia sin límites, obstruyeron sus nobles designios. El tenía ideales, así como coraje y decisión: los habría vencido.

Nosotros perdemos ahora al amigo, y —por qué no decirlo— decaen, además, nuestras esperanzas; pero sus intenciones cálidas y humanas quedarán para siempre grabadas en el alma de nuestros pueblos.

Sólo meses hace que marchó también al cielo el otro Juan, el Jefe eximio de nuestro credo católico. Y fue asimismo necesaria su muerte para que el mundo entero, sin distinción de razas, banderías o religiones, pudiera aquilatar la enorme dimensión de esa partida. Antes, hasta se puso en duda su discreción, por haber recibido mensajes de respeto desde tierras

adversas; y no pocos dejaban de explicarse su claridad y reciedumbre para imponer la verdadera doctrina de Cristo dentro de un bello marco de mansedumbre apostólica. Sólo el hálito de su ausencia del mundo permitió que la luz de la verdad sobre su persona se esparciera hasta las más apartadas regiones.

Sí, se fue entonces el Juan anciano, del dogma y la sapiencia; y ahora el otro Juan amigo, que comenzaba a extender recientemente al mundo su diestra jovial, noble y generosa.

Perdieron los hombres, en un solo año, estos dos valores que brillaban como astros superiores, de imposible reemplazo. Todo sucedió en este año de 1963. Año triste y de desesperanza. Año gris en el mundo, sin primavera y casi sin calor ni flores. Año de crueles presagios, de brujas predicciones, que esta vez se cumplieron. Mal año de 1963. ¡Que Dios te lleve pronto! ¡Que podamos, así aliviar nuestros espíritus en aflicción! Y entonces, ojalá que el barco del recuerdo pueda conducirnos, a través de un mar calmo de amor y de respeto, hasta el ansiado puerto de la paz verdadera.

De esa paz que bullía generosa en el alma excelente de John Fitzgerald Kennedy.

El señor TOMIC.— Señor Presidente, Honorable Senado:

En un verso cuya hermosura ha desafiado el tiempo, el poeta francés Mallarmé saludó la memoria de un gran muerto:

“Tel qu'en lui-meme enfin l'éternité le change”.

Y expresó así el privilegio de estos hombres singulares, “...del hombro arriba más altos que todo el pueblo”, a quienes la muerte transforma en símbolo perdurable de lo que fueron y cuya influencia se prolonga largamente, más allá del breve lapso de su vida terrenal.

Todos sabemos que así ha ocurrido con el Presidente Kennedy. Un disparo, cuyo eco resonó en el mundo entero sobreco-

giendo el corazón de millones y millones de hombres y mujeres en todas partes de la tierra; un disparo tan insensato como el que mató al Presidente Lincoln y cuyo recuerdo, como el de aquel otro, se transmitirá por generaciones, arrancó bruscamente de sus sienes el yelmo de oro de su juventud, apagó su sonrisa comunicativa, aquietó para siempre su rebelde cabellera... y lo hizo morir.

¿Morir o vivir? ¡Morir y vivir!

John Kennedy ha muerto, definitivamente, para aquel pequeño círculo de seres humanos ligados a él por los vínculos de la sangre, del afecto o del amor, fuente secreta en que cada hombre necesita hundir las raíces de su vida personal en busca de ternura, justificación y fuerza. Ha muerto para su esposa, sus hijos, su familia, sus amigos. Pero, ya al otro lado del umbral del tiempo fugitivo, el disparo asesino ha fijado para siempre los contornos de su significación histórica, desprendiendo lo que en ella había de mutable y contingente, de modo que, al darle muerte, lo hará vivir largamente, y tal vez en forma imperecedera, en el corazón de su pueblo y en la memoria de América y de la Humanidad.

Ayer —¡sólo ayer!— lo veíamos como un hombre entre nosotros; un hombre como los demás hombres, falible, imperfecto, discutido, limitado. Y hoy —¡apenas hoy!— lo vemos alzarse como un símbolo que recoge, con trascendencia y universalidad, el sentido de nuestro tiempo.

No, no es el dramatismo estremecedor de su muerte lo que dará a la figura del Presidente Kennedy el relieve y la durable influencia que ejercerá en el futuro de su pueblo y en el del Continente. Su grandeza tiene raíces comunes con la de Jefferson, de Lincoln, de Wilson, de Roosevelt. Reside en su capacidad para expresar y servir ideales que no son puramente norteamericanos, sino que recogen angustias y aspiraciones comunes a toda la familia del hombre, dondequiera que ha-

bite y cualesquiera que sean su raza, religión o forma de vida.

Fue apenas por tres años Presidente de los Estados Unidos; pero este breve lapso bastó para hacer indeleble la huella de su paso a la cabeza de la nación más poderosa del mundo. Cuando los años sucedan a los años; cuando se hayan secado, no sólo las lágrimas, sino también los ojos de quienes hoy le lloran; cuando pueblen la tierra nuevas generaciones que no habrán oído por sí mismas el eco del trágico disparo, John Kennedy seguirá siendo recordado por la asombrosa resolución con que usó del inmenso poder que tenía en sus manos, para asegurar la paz del mundo sin sacrificar la libertad del hombre; para abrir una nueva frontera a la justicia internacional, mediante el cumplimiento de deberes solidarios entre las naciones, y ya no más por la dádiva humillante, inútil y comprometedor, programa de solidaridad que en América él llamó de la Alianza para el Progreso; para hacer realidad, cien años después de Gettysburg, al precio de cualquiera conveniencia política o electoral, la igualdad racial entre los hombres de su propio pueblo, en primer término, pero también más allá de las fronteras de su patria.

¿Acaso hay, señores Senadores, tarea más desesperadamente urgente, más angustiada, más representativa del oscuro hálito de fuego que estremece revolucionariamente a la humanidad en la segunda mitad del siglo XX, que esta trilogía de Paz, Justicia e Igualdad?

En esto creyó, para esto vivió, por esto murió.

Es cierto que podría ser suya, también, la noble tristeza de Lincoln al tener que legar a otros "su tarea inconclusa". Está escrito en el Evangelio de San Juan: "Uno es el que siembra; otro el que cosecha", porque así conviene a la inacabable trama de la aventura del hombre sobre la tierra y a la economía de la Redención. Sin embargo, como dijo ayer, no más, Eduardo

Frei, en nombre de las fuerzas que él representa en Chile y de las cuales formamos parte los demócratacristianos en cuyo nombre hablo, al ponderar la vida y la labor de Kennedy, hay algo de particularmente impresionante en la dura soledad con que este insigne conductor de su pueblo tuvo que enfrentar el latigazo de los privilegios heridos, el odio ciego del fanatismo nacionalista, el peso sofocante del egoísmo satisfecho y conservador, la soberbia agresiva de los intereses imperialistas que no se resignan a dejar de vivir del trabajo y la riqueza ajenos; el duelo monstruoso, sin paralelo en el curso de la historia humana, que libran la Democracia y el Comunismo para hacer el mundo "a su imagen y semejanza", enfrentándose no solamente en todas las latitudes geográficas del globo, sino además, día tras día, en el secreto tenso y vibrante de la mente y del corazón de los pobres de la tierra entera, a quienes agitan la sed y el hambre de pan, justicia, dignidad y esperanza.

No estuvimos siempre de acuerdo con todo lo que él hizo ni en la forma como lo hizo, y cada vez que fue necesario la Democracia Cristiana chilena puntualizó sus divergencias y señaló su propia manera de dar forma a la tarea común; pero nunca, ni cuando era candidato ni cuando fue Presidente, dejamos de apreciar la profunda identificación que nos unía con él en la perspectiva histórica de nuestro tiempo y de nuestro Continente, ni de admirar el portentoso equilibrio dinámico de su personalidad, ni de agradecer a Dios porque fuese él, y no otro, el Presidente de los Estados Unidos en esta hora de tormenta para el mundo y para América.

Cuando se recuerda su deslumbradora trayectoria humana, se descubre que era de aquellos, como escribió Martí, "que tenían estrellas en la frente". ¿Cuál era, pues, el secreto de su fuerza y de sus éxitos? ¿Por qué pudo galvanizar a la juventud de su patria, a su partido y a su na-

ción? ¿Por qué llegó a significar tanto para tantos, en todas las regiones de la tierra?

¿Quién puede contestar mejor que él mismo? Escuchémoslo, no en el instante del triunfo, sino en la hora del supremo desafío: 1960. La convención presidencial del Partido Demócrata acaba de proclamarlo candidato a la presidencia de los Estados Unidos, en la primera votación. Todo está en juego ahora para él, su carrera política y, sobre todo, la suerte de sus ideales. En contra suya se yerguen factores de una inmensa gravitación: su religión, que apenas comparte el 20% de sus conciudadanos; su juventud casi increíble para el inmenso cargo al cual aspira; un Gobierno Republicano presidido por un hombre como Eisenhower, de inmenso prestigio ganado en la guerra y en la paz, quien apoya sin reservas la candidatura presidencial del que fue por ocho años el Vicepresidente de los Estados Unidos, el segundo hombre de la nación. ¿Cuándo, si no ahora, necesitaría Kennedy ser prudente y mesurado, contemporizar con realidades aparentemente insuperables, limar las aristas de su pensamiento para hacerlo menos anguloso ante sus adversarios declarados o encubiertos?

En cambio, ¿qué hace? ¿Cómo se define a sí mismo; cuál es su visión de la hora del mundo; qué ofrece a su pueblo como programa de gobierno y filosofía de su misión?

Escuchémoslo en aquel discurso célebre de la Nueva Frontera en que aceptó la candidatura a la presidencia de la República. Dijo Kennedy;

“Es el *futuro* nuestro deber de hoy. La Humanidad está transformándose. La era antigua alcanza ya a su fin. Los viejos caminos han sido recorridos hasta su término y no conducen más a parte alguna.

“En el vasto mundo la balanza del poder está cambiando de manos. Se han creado nuevas y terribles armas; han surgido naciones nuevas y de rumbo todavía in-

ciertos; en todas partes aumenta vertiginosamente la población y crecen las necesidades y los peligros.

“Pero no estamos aquí para maldecir de la oscuridad, sino para encender la luz que ha de guiarnos en medio de las tinieblas.

“También aquí en nuestra patria y entre nosotros, la necesidad de cambios está desencadenando un futuro revolucionario, y ya es tiempo de que surja una nueva generación dirigente; de que hombres nuevos se enfrenten con estos nuevos problemas y den forma a las nuevas oportunidades del tiempo presente.

“¡Hoy ya no puede haber “statu-quo”!

“La Nueva Frontera de la que yo hablo no es un programa de promesas, sino un puñado de desafíos. Resume, no lo que intento ofrecer al pueblo americano, sino lo que voy a pedirle.”

Apela, no a su bolsillo, sino a su orgullo. Envuelve un compromiso de sacrificio y no una promesa de mayores seguridades que las de hoy.

“Y afirmo que la Nueva Frontera está aquí, que hemos entrado en sus límites, lo reconozcamos o no. Más allá de esta frontera se extienden regiones desconocidas en los ámbitos de la ciencia y el espacio; problemas pendientes de paz o de guerra; abismos inconquistables de ignorancia y prejuicios; contradicciones flagrantes de pobreza y sobreproducción.

“Tal vez algunos piensen que sería más fácil replegarse sin avanzar sobre los límites de esta Nueva Frontera; desviar los ojos hacia la oscura mediocridad del pasado; acunarse a sí mismos con buenas intenciones y sonora retórica. ¡Aquéllos que prefieran este camino no deben perder su voto en mí, cualquiera que sea su Partido!

“Creo, por el contrario, que los tiempos exigen inventiva, espíritu de renovación, imaginación y coraje. Mi llamada se dirige a los de corazón joven, cualquiera que sea su edad; y a los de espíritu resuelto,

cualquiera que sea su partido; porque es coraje y no complacencia, jefes y no gerentes lo que hoy necesitamos.

“Una nación cansada —dijo David Lloyd George— es una nación conservadora”. ¡Y los Estados Unidos en el mundo de hoy, no pueden permitirse el lujo de ser una nación cansada ni una nación conservadora!”

¿Qué comentarios podrían agregar algo a la estatura excepcional de este hombre que así define su visión del mundo?

Algunos meses más tarde, ya elegido Presidente de los Estados Unidos y en vísperas de su entrevista con Khrushchev, Kennedy dijo a su pueblo —y a los pueblos del mundo— lo que voy a leer:

“Que otros tiemblen ante la palabra revolución. ¡Nosotros no! Por el contrario. Creemos en la necesidad de la revolución en Africa, en América Latina, en Asia y en el Medio Oriente. Y es ésta —agregó— la más grande revolución de la historia humana”.

Este era John Kennedy, el primer Presidente católico en la historia de los Estados Unidos, el más joven Presidente de su pueblo. En esto creyó, para esto luchó, por esto murió. ¿Cómo extrañarse de que en esta hora de ansiedad y en este tiempo de tormenta, en América y Europa, en Africa y Asia, en todos los confines de la tierra que estremece el ímpetu arrollador de lo que él llamó “la más grande revolución de la historia humana”, haya él significado tanto para tantos?

Por eso, mientras el horror de sus sienes perforadas y de su cuerpo ensangrentado estremecía al mundo, millones y millones de hombres y mujeres, también en todos los confines de la tierra, sentían formarse en su corazón el gemido que, hace cien años, la muerte de Lincoln arrancara a los labios de Walt Whitman:

“Mi Capitán, ¡oh mi Capitán!”

El señor CORVALAN (don Luis). — Señor Presidente:

El Cementerio de Arlington guarda, des-

de ayer, los restos mortales del Presidente de los Estados Unidos de América, señor John Fitzgerald Kennedy.

Su trágica e inesperada muerte aún mantiene consternado al mundo. Y la inquietud se apodera de todos los espíritus preocupados de los destinos de la humanidad.

Por su capacidad y su figura de político ágil y nuevo, alcanzó la estatura de los grandes Presidentes de Norteamérica. Sus rasgos personales como jefe de familia, esposo y padre, lo rodearon de un hálito de simpatía universal. Mediante las noticias cotidianas, la pareja Kennedy llegó a ser algo familiar para todos. No hay ser verdaderamente humano que no se haya conmovido ante el desaparecimiento del Primer Mandatario de los Estados Unidos.

En el mundo de hoy existen dos sistemas contrapuestos: el capitalista y el socialista. John Kennedy defendía su régimen, un régimen por cuyo desaparecimiento luchamos los comunistas. No era, por lo tanto, uno de los nuestros. Nos atacó y lo atacamos muchas veces. Sin embargo, manteniendo siempre una consecuente posición antimperialista, vemos en su personalidad y en su actuación práctica, rasgos y hechos que valorizamos ampliamente.

En la lucha por los intereses de su clase, por la supervivencia del capitalismo, su política presenta diversas facetas y variadas formas, abiertas y sutiles. Con unas y otras estuvimos en desacuerdo. Pero, si se piensa en el tremendo poder que tenía en sus manos y en las fuerzas que lo pressionaron en un sentido más negativo, no se puede menos que destacar el hecho de que obró con flexibilidad, sentido de responsabilidad y serenidad de espíritu, en momentos difíciles para la paz mundial.

“Tenemos que afrontar el hecho —dijo “en la Universidad del Estado de Washington— de que Estados Unidos no es “omnipotente ni es omnisapiente” y que

“no puede haber una solución norteamericana para todos los problemas del mundo.”

Dio, pues, muestras de realismo en el enfoque de complicados problemas internacionales. Comprendió el imperativo vital de la coexistencia, el hecho capital de que la humanidad ha llegado a una grave coyuntura histórica, dentro de la cual no hay más alternativa que la paz entre los Estados de distinto régimen social o la más cruel y espantosa de las guerras. Por esto, su política tuvo un límite: el de no llegar al conflicto bélico, que inevitablemente sería un choque atómico, con las más horrendas consecuencias para unos y otros.

Su condición de político moderno lo llevó también a comprender la inevitabilidad y necesidad de la integración racial en Norteamérica.

Entre él y la reacción “macarthista” hubo una lucha tenaz, ora sorda, ora abierta. Resuenan todavía, en los oídos del mundo entero, las voces cavernarias que lo atacaron por no haber lanzado a la aviación norteamericana sobre Playa Girón, por asumir compromisos con relación a Cuba, por firmar el Tratado de Moscú, por condenar la segregación racial y hasta por los nuevos métodos con que defendía los intereses de Estados Unidos en América Latina. Pero suenan también en todos los oídos las frases quemantes de sus discursos, con que denostó, en fresco lenguaje “rooseveltiano”, a la reacción fascista.

Por todo lo que queda dicho, su desaparecimiento sólo podía convenir a los frenéticos del imperialismo; no a las fuerzas democráticas de los Estados Unidos ni a ningún pueblo del mundo. Con razón ha declarado Jruschov que la muerte del Presidente Kennedy “es un golpe terrible para todos los pueblos que aman la causa de la paz y la cooperación soviético-norteamericana”. Y con razón, también, ha expresado Fidel Castro, que su trágico fin “es una noticia mala y grave”.

No creo empañar la solemnidad de este homenaje si digo algunas palabras respecto del crimen mismo, que llevó a la muerte al Presidente Kennedy. Espíritus malvados han pretendido vincular a ese crimen a los comunistas. Y no ha faltado quien, entre nosotros, haya intentado obtener ventajas políticas internas, sacar partido electoral de un hecho que todo el mundo lamenta y condena. Todo esto es deleznable y, simplemente, turbio.

La historia de los Estados Unidos demuestra que allí, por desgracia, el asesinato de los Presidentes ha sido un arma de los reaccionarios, desde mucho antes que se fundara el Partido Comunista.

Los instigadores y autores del asesinato del Presidente Kennedy se hallan entre las más oscuras fuerzas reaccionarias; entre los descendientes de los asesinos de Lincoln; entre los linchadores de negros; entre quienes, hace algunas semanas, cegaron la vida de una niña de color en el interior de una iglesia; entre los maniáticos de la guerra atómica y en el llamado sindicato del crimen; entre los gangsters, cuyas actividades delictuosas y vínculos con los ultrarreaccionarios empezaba a investigar el Ministro de Justicia, señor Robert Kennedy, por orden expresa de su hermano, el Presidente mártir.

Esta es la convicción que tienen los pueblos.

Aunque la policía de Dallas haya declarado cerrada la investigación, para el pueblo norteamericano y para todos los pueblos del mundo ella ni siquiera se ha iniciado.

Espero que el pueblo norteamericano, las fuerzas democráticas de los Estados Unidos exigirán y lograrán una investigación a fondo.

El crimen fue urdido en forma de tender la clásica cortina de humo que encubre a sus verdaderos autores y lleve las miradas acusadoras en dirección opuesta, todo ello con inconfesables finalidades políticas. Pero fue demasiado bien urdida,

lindó en lo grosero. La verdad, que ya se intuye, tendrá que ser plenamente revelada.

A la muerte del señor Kennedy sigue cierta sensación de incertidumbre acerca de la política internacional de los Estados Unidos. Hay preocupación por las tentativas reaccionarias de tomar la ofensiva. Aunque el nuevo Presidente, señor Johnson, ha declarado que continuará la política del señor Kennedy, esa preocupación es legítima. El señor Johnson se encuentra y encontrará ante la presión de fuerzas de distinto carácter. Y no sólo de su decisión, sino también de la pugna entre esas fuerzas, dependerá su política. Pero sean cuales fueren las alternativas inmediatas, hay también base para mirar con optimismo el futuro. Porque la historia es irreversible y los pueblos quieren la paz y el progreso y están en situación de imponerlos.

Son éstas las ideas y los sentimientos con que los comunistas chilenos rendimos respetuoso homenaje a la memoria de John Kennedy.

He dicho.

El señor DURAN.—Honorable Senado: Muchos son los hombres elegidos que han predicado el credo de la no violencia, con sus vidas ejemplares.

Muchos de ellos llegaron a sublimarla, depurándola, hasta convertirla en la expresión más intensa que lo humano permite. Pero antes y después de ellos, en un plano de mayor modestia, pero acaso de más cuantiosas realizaciones, millones de hombres de acción, por el imperativo de su ética, han estado luchando en sus comunidades por imponer un concepto de vida y conducción social que excluya la fuerza y sus aplicaciones brutales, de entre los modos con los cuales el hombre maneja su esperanza.

Esos millones de hombres son los demócratas del universo. Para ellos las grandes determinaciones políticas, las decisiones históricas de los pueblos, las transfor-

maciones esenciales en la estructura social, sólo pueden promoverse con legitimidad y afianzarse con eficacia siguiendo una vía de la cual están lejanas la opresión, la intimidación y la muerte.

Honorable Senado:

En Dallas, de Texas, cayó asesinado el Presidente de los Estados Unidos de América, John Kennedy.

Las campanas de todos los templos y credos han doblado a dolor por su muerte y por lo que ella significa para el mundo libre y el destino del hombre.

Ayer, las verdes lomas de Arlington lo acogieron bajo la tierra que tanto amó.

¿Por qué fue tronchada tan cruelmente la vida de este hombre, que predicaba un evangelio de amistad, de paz, de noble convivencia entre todos los seres humanos? ¿Por qué había de pagar con su existencia el derecho a la vida de sus ideales?

¿Qué se quiso matar al asesinar a John Kennedy? ¿De qué procedencia deleznable fue la orden de cegar esa vida? Porque John Kennedy representaba algo más que un esquema vital singular: era el jefe de una democracia, de una gran democracia, de la más grande democracia del mundo.

Y la democracia significa convivencia en dignidad, evolución dentro del orden racional, reformas libremente consentidas, vida de relación presidida por la solidaridad. La democracia es tutela de la paz familiar, garantía de que un hombre y una mujer pueden tenderse los brazos, proyectarse en los hijos, guiar sus vidas y disfrutar de una existencia protegida por el derecho, entre las suavidades del afecto recíproco.

Contra todo esto disparó el asesino de Dallas. La consecuencia más próxima de su crimen es el destrozo de un hogar feliz. Hemos visto a su esposa, hermosa y digna, afrontando con entereza romana la desgracia. Hemos visto llorar a sus hijos con la misma lágrima de toda creatura que pierde a su padre. Y al compartir esos pesares que desgarran, nosotros, que aún

contritos podemos razonar, pensamos que se ha tratado de matar, antes que nada, el derecho que los hombres tenemos de ser felices con quienes amamos, con aquellos a quienes hemos dado la vida y con aquella a quien hemos unido la nuestra. Se ha querido ametrallar a la Democracia en su inicio más puro.

Y se ha querido apartar de la vida a un conductor magistral de pueblos y naciones; a quien, conciliando, mantuvo la paz con supremo valor internacional, sin dejar de ser firme en la defensa de lo suyo intocable. A quien promovió, con la Alianza para el Progreso, una tentativa vasta y promisoría, encaminada a derrotar la miseria y el subdesarrollo en las naciones de América. A quien protegió los derechos de las minorías y olvidó la pigmentación de millones de americanos y los proclamó sus iguales. A quien parecía pensar como Tertuliano:

“Hombre es un nombre que pertenece a todas las naciones sobre la tierra.

“En ellos todo es un alma a través de muchas lenguas. Cada país tiene su propia lengua, pero todos los temas de los cuales, sin enseñanzas habla el alma, son los mismos en todas partes”.

¿Por qué se atentó contra él? La mirada objetiva de la historia insinuará el veredicto que otras generaciones han de acoger. Nosotros ahora sólo podemos —pero no menos que eso— establecer que se ha herido, también, a los ideales trascendentes y los perfiles constitutivos de una democracia vigorosa y actuante.

No nos importa que sean el totalitarismo o el racismo, la conjunción de intereses nacionales o internacionales, la concertación de los rencores internos o lejanos los que mataron a John Kennedy. Lo fundamental es que fue el odio, y el odio sistemático, el odio en acción; no el odio esporádico de un fanático loco. Aquí está la presencia del odio, y ese odio es el que la democracia, como sistema, provoca en los arteros, en los desquiciados.

El duelo de América es duelo democrático: es el duelo del hombre libre; el de la mujer que vuelve a sentirse débil frente al infortunio; el del niño, cuya sonrisa blanca no ha de fluir nunca ante la mueca del crimen; el de la cultura, que sólo en la democracia se realiza en plenitud.

Señores Senadores, antes de hablar con la personería que hoy invisto, quiero decir que he venido, como hombre, a rendir homenaje a un hombre; he venido como esposo, a rendir homenaje a un esposo; he venido como padre, a rendir homenaje a un padre; he venido como demócrata, a rendir homenaje al líder de la democracia.

Ahora, en nombre del Frente Democrático, expreso la reverencia de esa combinación de partidos por el Presidente Kennedy. Pero al hacerlo, he de agregar una promesa: la de promover un movimiento continental que, aspirando a la herencia de Kennedy, recoja de sus manos abatidas una enseña de creación y de fervor. Con ella en alto hay que avanzar por los caminos americanos, diciendo a todos que debemos vencer sin violencia, pero ser implacables ante la agresión y que debe sobrnarnos hombría para repeler el crimen.

Honorable Senado:

Por sobre todo, volvamos a este supremo dolor de ahora. Nos hizo reflexionar. Pero es dolor que hiere. Para aquellos que lo han sentido más; para la admirable Jacqueline, que vio agonizar en su regazo al hombre que era su vida; para sus hijos, por cuyos ojos han llorado todos los niños del mundo; para el pueblo de los Estados Unidos, vaya la inclinación de nuestras cabezas viriles.

Cada cual con su fe, al amparo de la tolerancia, que es la más alta expresión de la libertad, dispone en estos instantes su espíritu hacia la sublime comunión con lo eterno.

El señor ALLENDE.—Señor Presidente, Honorable Senado:

En medio de un día familiar, cuando por excepción podía —ya que las obligaciones

que me impone la responsabilidad política me impiden hacerlo con frecuencia— estar en la intimidad de los míos, cuando conversaba con mis hijas, de pronto una voz nos despertó a una realidad. La radio decía: “¡Kennedy ha muerto! ¡Kennedy ha muerto!”. Esas palabras golpeaban con dolorosa fuerza la conciencia y el corazón de miles de hombres y mujeres, a lo largo de la ancha latitud del mundo. ¡Difícil era imaginar el sufrimiento de los suyos, y qué tremendo y brutal era el hecho en sí mismo!

Por eso, desde esa noche y durante el transcurso de estos días, ha golpeado en mi recuerdo el pensamiento del poeta, que afirmaba:

“Las campanas doblan a muerto...
No preguntes por quién lo hacen...
Están doblando por tí...
La muerte de todo hombre te toca...
Eres parte de la humanidad...
Las campanas doblan por tí...”

Pero más allá de hombre profundamente humano en su dimensión, el Presidente de los Estados Unidos era un político actuante y combatiente, y yo soy —dimensión salvada— un político actuante y combatiente en mi patria. Debo, por lo tanto, asumir la responsabilidad, en nombre de mi partido, de esclarecer con lealtad nuestra posición. No tendría validez moral que levantara mi voz, si ésta fuera tan sólo de elogio por el elogio. Por eso, porque implica responsabilidad de parte nuestra, pues hemos combatido siempre altiva y fuertemente lo que ha significado para América Latina la política de Estados Unidos, deseo citar —es mi obligación y derecho— a Kennedy como político, a lo largo del tiempo en el cual actuó, en su breve pero promisoria existencia.

Hay algo que marca en forma indiscutible y caracteriza a ese hombre: su coraje. El coraje de hacer posible que, joven todavía, mirara el mundo socialista, en un viaje realizado cuando muchos otros se ne-

gaban aceptar que existiera posibilidad de convivencia social, creadora y fecunda.

Hubo coraje cuando, al cumplir la obligación de soldado de su patria, hundida la lancha torpedera que comandaba, salvó parte de los compañeros que con él realizaban tan alta misión.

Hubo coraje, cuando, enfermo, superó deficiencias físicas, recuperó la salud y aprovechó las horas del descanso obligado para trazar su pensamiento escrito con profundidad.

Hubo coraje en el parlamentario que arremetió contra las organizaciones funestas del crimen y el vicio, que tan hondas y profundas raíces tienen en Norteamérica.

Hubo coraje, cuando quiso, como parlamentario, defender la vida del hombre norteamericano, que en su propia patria es ciudadano de segunda clase, no sólo por el color de su piel, sino por las condiciones de vida impuestas a un alto porcentaje, como ha sido descrito en forma tan clara y dura en el libro “Las dos Américas”, del cual es autor un sociólogo católico y profesor en una universidad católica.

Hubo coraje en su actitud de candidato, cuando se enfrentaba, con la fe de sus convicciones, a un político más avezado y lo vencía, con firmeza y fe profundas en una frontera más allá de las fronteras materiales de su patria, en las de la humanidad, que tanto niegan muchos políticos relevantes de tantas partes del mundo, sobre todo dentro de Estados Unidos.

Hubo coraje en su vida, como símbolo de lo que él pensaba. Por eso, en su libro “Perfiles de Coraje”, se expresa así: “La democracia significa mucho más que gobierno popular y gobierno de la mayoría; mucho más que un sistema de métodos políticos para adular o engañar a poderosas agrupaciones de votantes. La verdadera democracia que vive, crece e inspira, pone su fe en el pueblo. Fe en que el pueblo no simplemente elegirá a hombres que repre-

sentarán sus opiniones con capacidad y fielmente, sino que también elegirá a hombres que ejercerán su juicio escrupulosamente; fe en que el pueblo no condenará a aquellos cuya devoción a los principios los conduzca a adoptar actitudes impopulares sino que premiará el coraje, respetará el honor y reconocerá el derecho . . .”

“Para ser valerosos no se requieren cualidades excepcionales ni fórmulas mágicas, ni especial combinación en tiempo, lugar y circunstancia. Se trata de una oportunidad que tarde o temprano se nos ofrece a todos. La política sólo suministra un campo de combate que impone pruebas de coraje especial”.

De allí, también que cuando asumió la Presidencia de la República, afirmó, en una oración laica de belleza en la forma y en el contenido, algo que, entre otras de sus frases, quiero recordar:

“El mundo es muy distinto ahora; porque el hombre tiene en sus manos mortales el poder para abolir toda forma de pobreza humana y para abolir, también, cualquier forma de vida humana”. Y agregaba: “Empecemos pues, de nuevo, recordando, ambas partes, que la cortesía no es indicio de debilidad, y que la sinceridad debe siempre ponerse a prueba. No negociemos nunca por temor, pero no tengamos nunca temor a negociar.”

“Exploremos ambas partes los problemas que nos unen, en vez de ocuparnos de los problemas que nos dividen.”

“Formulemos ambas partes, por primera vez, proposiciones serias y precisas para la inspección y el control de las armas, y para colocar bajo el control absoluto de todas las naciones el poder absoluto para destruir a otras naciones.”

“Tratemos ambas partes de invocar las maravillas de la ciencia, en lugar de sus terrores. Exploremos juntos las estrellas, conquistemos los desiertos, extirpemos las enfermedades, aprovechemos las profundidades del mar y estimulemos las artes y el comercio.”

“Unámonos ambas partes para acatar en todos los ámbitos de la tierra el mando de Isaías: “Deshacer los pesados haces de opresión . . . y dejar ir libres a los quebrantados”.”

Frases que recuerdan el perfil “lincolniano” que la historia ha hecho perpetuar.

Para juzgar al Presidente Kennedy es indispensable ubicarlo en lo que era y es la sociedad en que actuó. Hombre de un hogar de la alta burguesía, poderosa en medios y recursos económicos; hombre que sabe muy de cerca lo que representa la fuerza concentrada del dinero y lo que es el ejercicio del poder por una clase social, Kennedy, como Presidente, levanta la trilogía de su esperanza, a fin de convertirla en realidad, en cuanto hace posible el anhelo, en la quimera soñada de miles de hombres, de una igualdad que les niega el régimen capitalista; en cuanto plantea la necesidad de redistribuir el ingreso mediante una política tributaria distinta; en cuanto mira el dolor infinito de millones de norteamericanos que no tuvieron la culpa —y, sí, el orgullo— del color de su piel, pero que están negados en su propia patria y postergados frente a derechos fundamentales, de hombres para quienes nada trajo consigo el holocausto de Lincoln. Por eso, Kennedy luchó contra la segregación racial.

El tendió la mirada más allá de los límites geográficos de un mundo que avanza presuroso en la técnica y la ciencia, lo que hace necesaria la convivencia de regímenes diferentes. Por eso, contribuyó, con decisión que reconocemos, a afianzar la paz.

Por eso, porque fue hombre que tuvo la visión, antes que otros, de su propia tierra, de cómo el mundo y la hora de hoy señalan nuevos derroteros para la humanidad; porque lo vio, sintió y quiso vivir como gobernante, recibió el embate empecinado y constante de los “ultras” de su patria, de los sectores políticos adversarios,

que traspasaron la barrera, incluso de lo tolerable, para combatirlo en la forma más dura y sañuda.

Indiscutiblemente, para nosotros, los que tenemos un pensamiento filosófico distinto del que tuvo el Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, su figura se acrecienta y podemos decir, por eso, que algunas vidas, materialmente apagadas, siguen iluminando con la fuerza portentosa de su espiritualidad.

Pero fue un político. Tuvo responsabilidades. Hubo grandeza y decisión insoportable en la defensa de sus ideas; pero hubo debilidades que también debemos señalar.

El Presidente Kennedy echó sobre sus hombros la responsabilidad de acontecimientos plasmados en el gobierno anterior y toleró, a sabiendas, que se violara el principio de no intervención y que fuerzas mercenarias desembarcaran en un país pequeño, que tenía y tiene derecho a darse la forma de gobierno que más se avenga con el criterio de sus mayorías.

Por desgracia, Playa Girón es un hecho que Kennedy aceptó, pero que pertenece, en su gestación, a los hombres del gobierno anterior. Ese acontecimiento constituyó un error que lo colocó ante el mundo en una actitud que no merecía; que dio pábulo, en su propia patria, para motejarlo de no haber tenido la entereza de utilizar la aviación de su país para aplastar la revolución cubana.

Sin embargo, este hombre miró hacia los pueblos de América Latina y concibió, al interpretar el vasto sentimiento de protesta y esperanza que sacude nuestros países, la necesidad, idealista para él, ubicada en su concepción de los problemas del hombre y enmarcada en su pensamiento, de la Alianza para el Progreso. Pero, al mismo tiempo, junto con comprender la indispensable e inmediata urgencia de apoyar a los países que, como el nuestro, luchan implacablemente contra el subdesarrollo, señaló que las castas de estas na-

ciones latinoamericanas deberían comprender la necesidad imperiosa de los cambios y de las grandes e impostergables transformaciones revolucionarias que el drama de los países en tal condición está marcando con perentoria urgencia.

Y, sin decirlo, el Presidente planteaba el pensamiento de los que hicieron posible la independencia de Estados Unidos, en cuya Declaración se consigna:

“...Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales, que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables entre los cuales se cuentan el derecho a la vida, a la libertad y el alcance de la felicidad; que para asegurar estos derechos los hombres instituyen gobiernos, derivando sus justos poderes del consentimiento de los gobernados; *que cuando una forma de gobierno llega a ser destructora de estos fines, es un derecho del pueblo cambiarla y abolirla, e instituir un nuevo gobierno, basado en esos principios y organizando su autoridad en la forma que el pueblo estime como la más conveniente para obtener su seguridad y felicidad...*”

“...Cuando una larga cadena de abusos y usurpaciones, que persiguen invariablemente el mismo objetivo, hace patente la intención de reducir al pueblo a un despotismo absoluto, *es derecho del hombre, es su obligación arrojar a ese gobierno y procurarse nuevos guardianes para su seguridad futura...*”

Palabras que citó Kennedy en el Senado y que están contenidas en la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos, del 4 de julio de 1776.

Señores Senadores, en esa lucha estaba empeñado el Presidente Kennedy, y debía enfrentarse a una nueva contienda electoral, en la que postulaba con la seguridad casi plena de ser reelegido. ¡Y acaeció el hecho insólito, increíble, del asesinato político de mayores proyecciones en la historia contemporánea! Y, dentro y fuera, allá y desde todas las latitudes,

quienes tanto hablan de democracia, pero como fórmula para defender sus privilegios y no como expresión social de justicia en lo económico, quisieron, frente a lo ocurrido, ante una maraña de informaciones contradictorias, crear un clima destinado a señalar como culpables a regímenes o a gobiernos.

Nosotros, que no ocultamos nuestro pensamiento filosófico, sino, por el contrario, deseamos que cada cual sepa lo que somos y adónde vamos; nosotros, los militantes de los partidos populares de Chile —algunos de los cuales poseen un ideario marxista como concepción del mundo y de los fenómenos económico-sociales—, debemos decir, en voz muy alta, que sólo la ignorancia y la mala intención son capaces de hacer a alguien suponer que los gobiernos socialistas puedan tener la impudicia irresponsable de patrocinar el crimen político. ¡No, señores Senadores! Sabemos perfectamente cómo y de qué manera los pueblos luchan; cuál es la fuerza y el motor de la historia; en qué se funda la certeza de nuestro futuro, y tenemos una experiencia que exhibir, pues nadie puede señalar en nuestra trayectoria un hecho que marque lo que, con oportunismo increíble, algunos pretendieron sugerir en las horas iniciales, para obtener ventajas personales.

¡Qué bueno es tener doctrinas y no olvidarlas! ¡Qué conveniente es profesar ideas y no comerciar con ellas ni hacer de la política un oportunismo! ¡Qué bueno es sentir la firmeza de las convicciones y tener fe en que las mareas de la historia no se detienen con leyes represivas, ni con asesinatos, ni con la cárcel, ni con el destierro!

Veán, señores Senadores. En 1904, Lenin, cuyo nombre para algunas epidermis muy finas de la burguesía nacional es algo que irrita, decía lo siguiente:

“La idea de reducir la lucha política a una conspiración ha sido mil veces repudiada en nuestras publicaciones, refutada

y desechada hace mucho tiempo por la vida, cuando se ha explicado y rumiado hasta la saciedad la cardinal importancia de la organización política de masas.

“El proletariado no dispone, en su lucha por el poder, de más armas que la organización. El proletariado sólo puede hacerse y se hará inevitablemente invencible siempre y cuando su unión ideológica por medio de los principios del marxismo, se afiance en la unidad material de la organización, que funde a los millones de trabajadores en el ejército de la clase obrera”.

Y agregaba, en la obra “Dos Tácticas”, escrita en 1905: En “épocas de la historia, cuando no hay intervenciones políticas abiertas de las masas”, éstas “no pueden ser reemplazadas por ningún “putsch” ni creadas artificialmente”.

Con esto decía lo que nosotros hemos venido sosteniendo durante tantos años y que nos permitirá señalar, sin perder la calma, los móviles que ha habido en la trastienda sucia de ese asesinato.

A los únicos países a quienes podía perjudicar la muerte de Kennedy era a la Unión Soviética y a la propia Cuba, tan combatida y cercada por él y tan combatiente contra él. Porque ha de recordarse que el Presidente Kennedy se comprometió, en la crisis del Caribe, a no invadir la Isla y, por lo tanto, a aceptar la presencia allí del gobierno cubano revolucionario. Y precisamente por este hecho y por aceptar y firmar el Tratado de Moscú, se le combatió en forma tan extraordinaria.

Y es necesario pensar en un hecho material pequeño y aparentemente sin expresión, pero que tiene un contenido excepcional: un teléfono directo entre el Jefe de la democracia capitalista y el del país socialista. Es decir, el criterio preventivo, la confianza, la fe; la necesidad imperiosa de evitar los errores, involuntarios o voluntarios; la enorme responsabilidad de poner atajo a las provocaciones; la posibilidad de una información oportuna para

detener la hecatombe que algunos han querido precipitar sobre el mundo, para convertirlo en un cementerio de cenizas atómicas.

Por eso, nosotros, ubicados sin claudicaciones en la misma tienda en que nacióramos a la vida política, para patrocinar en profundidad y con firmeza las más urgentes transformaciones que Chile como país subdesarrollado necesita alcanzar, podemos, sin caer en la exageración oportunista, destacar nuestro sobrio homenaje a un adversario —no lo era nuestro, por cierto, sino del sistema y del régimen que nosotros auspiciamos— y decir que, lamentablemente, con el desaparecimiento del Presidente Kennedy, se abren sombrías perspectivas para los pueblos de Latinoamérica.

Con mi voz modesta y humilde, pero de chileno que cree en la democracia social, reclamo, desde mi banca de representante del pueblo, que se escuche el clamor justo de todos los hombres del mundo que quieren un esclarecimiento ejemplar de lo ocurrido. Que no se venga a ocultar la responsabilidad. Y caiga ella sobre quien cayere, tenemos la certeza absoluta de que de esta manera estamos defendiendo un concepto de la moral, que ojalá pueda imponerse acrisoladamente a fin de que nadie deje de saber quiénes son los que comercian con la miseria de los pueblos y el dolor de las multitudes, quiénes provocan las guerras y quiénes recurren al asesinato político.

Esta América nuestra, esta América que aún habla español y cree en Jesucristo, sabe perfectamente qué Presidentes latinoamericanos han sido acribillados por balas mercenarias; pero también sabe que nunca esas balas salieron de un consciente y responsable militante de la Izquierda revolucionaria de nuestros pueblos. ¡Allí están los Presidentes de Guatemala, Nicaragua y Santo Domingo!

Por eso, pedimos pleno esclarecimiento de lo sucedido, lo cual, por suerte, vemos dibujarse en la actitud del propio herma-

no del Presidente Kennedy, quien ha enviado al más responsable de sus colaboradores a ese Estado, que anteayer, antes de ultimar a Kennedy, insultó y vejó al representante de los Estados Unidos en las Naciones Unidas con una ofensa material, acorralándolo, por su concepción reaccionaria; ese Estado donde hay letreos, que cualquiera puede leer, que dicen: "Aquí no se permite la entrada de perros ni de negros", mencionando primero los perros y colocando a los negros en esa condición. Queremos que los hechos se esclarezcan, por higiene política y social, porque el mundo está convulsionado, porque el mundo está hoy al borde de la guerra y porque la guerra será la hecatombe que destruirá a millones y millones de seres humanos. Y yo creo que, cual más, cual menos, todos los hombres y mujeres del mundo abominan de la guerra y quieren la paz.

Y deseamos que se sepa la verdad, pues tenemos la seguridad de que entonces los sectores reaccionarios de Estados Unidos, que han querido sacar provecho del drama ocurrido, serán detenidos por el dedo acusador de los pueblos y de la historia. De otro modo, ¿qué negro porvenir para estos pueblos! Si la Alianza para el Progreso, amamantada en la esperanza idealista de Kennedy como fórmula nueva de trato entre los pueblos, se ha quebrado; si su fracaso no se discute; si Kubitschek y Lleras Camargo, Presidentes de democracias representativas y burguesas, así lo aseguran, ¿qué pasará a estos pueblos, que son todavía grandes graneros y bodegas de materias primas, frente a un capitalismo insolente, que en su desesperación no entiende que el socialismo ha alcanzado un régimen mundial, que los pueblos han roto las cadenas coloniales, que el empuje vital de los pueblos está destinado a afianzar su independencia económica? Y porque el imperialismo se bate en retirada, porque un neoimperialismo ha apuntado, como esperanza, para sostener un régimen que se derrumba a causa de sus

propias contradicciones, sabemos que quienes quieren defender sus privilegios no se detendrán ante nada —como no se detuvieron ayer, en la historia— y pienso que hoy día, lamentablemente, ni siquiera frente al asesinato político.

Por eso, los hombres ubicados en la barricada dura de la lucha popular, los que creemos en los pueblos, los que sentimos el mandato de la historia, los que anhelamos hacer posible una vida distinta, los que sabemos que no podemos imponer en nuestros países subdesarrollados las condiciones materiales de un régimen social como el de los países capitalistas, medimos la dimensión humana del Presidente Kennedy, estrechamos filas, le rendimos el respeto que se merece a lo que fue e hizo en su concepción social y dentro de lo que representaba, y miramos al interior de nuestros pueblos para entender que ahora más que nunca se necesita hondo y profundo sentido nacional.

Con sincera emoción, desde el ángulo de nuestras convicciones, y en nombre del Partido Socialista y del Honorable señor Tarud, rindo homenaje al pueblo de los Estados Unidos y a la persona del egregio Mandatario fallecido.

El señor DEL RIO (Ministro del Interior).—Por enfermedad del señor Ministro de Relaciones Exteriores, concurre a esta solemne sesión en representación del Ejecutivo.

Señor Presidente, Honorable Senado:

El Gobierno se asocia, conmovido, al homenaje que esta Alta Corporación rinde a uno de los hombres más preclaros de nuestro tiempo. Es con dolor y recogimiento que uno mi voz a las de Vuestras Señorías para expresar el hondo pesar que sentimos todos los chilenos, desde las más altas autoridades hasta el más modesto ciudadano, por la irreparable desgracia que aflige al pueblo de Estados Unidos y, sin duda, a todos los pueblos de la tierra.

John F. Kennedy no era sólo el Jefe de una poderosa nación, sino que también en-

carnaba los más nobles ideales y esperanzas de nuestra época. Con aguda intuición, sus compatriotas supieron elegirlo como su dirigente máximo, en un momento crucial de la vida de los pueblos. El afrontó esa responsabilidad con clarividencia, valor y abnegación.

Llegó al poder cuando el mundo requería iniciativas renovadoras, nuevas brújulas para las tormentas, nuevos impulsos para abrir las puertas de la confianza. El horizonte parecía obscurecido por presagios de guerras de efectos inconmensurables, con panoramas de miserias y negras injusticias. El Presidente Kennedy fue el apóstol de la paz, de la cooperación y ayuda mutuas entre los pueblos y de la justicia social, todo ello dentro de un claro concepto de libertad y de respeto y defensa de los derechos humanos.

Se perfila ahora entre nosotros como extraordinaria la aparición de este hombre, joven pero maduro de conocimientos y experiencia, que desde su primer día en el poder interpreta con valentía y fidelidad los anhelos de todos los hombres de buena voluntad, con un mensaje de paz y cooperación para el mundo.

Una de sus más fervientes aspiraciones fue, sin duda, el deseo de evitar la guerra y de poder vivir en paz y seguridad. Fue el estadista que, con firmeza y serenidad, llegó al límite preciso de arriesgarlo todo para detener lo que, sin ese riesgo y esa firmeza, habría sido tal vez el comienzo de la conflagración nefasta. Poco después, con paciencia y tenacidad, lograba un acuerdo para evitar el peligro de las radiaciones nucleares e iba preparando así el camino para ir poniendo barreras a las posibilidades de guerras. Kennedy cumplía de esta manera con uno de los propósitos expresados al comienzo de su mandato presidencial: estar siempre dispuesto a negociar, pero sin tentar al adversario con su propia debilidad.

Estos hechos nos muestran una de las facetas más admirables de la personalidad

del Presidente: la fiel correspondencia que había entre sus palabras y sus actos, entre sus principios y su vida. Era, por eso, un hombre íntegro, con esa integridad que es capaz de llegar al heroísmo para ser consecuente con las propias convicciones. Recordemos que, para él, esta entereza moral era algo casi propio de su naturaleza, ya que le preocupaba desde su juventud. Al escribir su libro "Perfiles de coraje", realzó el momento crítico de aquellos hombres de su país que, ante un grave conflicto, entre sus convicciones y las circunstancias, no trepidaron en cumplir su deber moral, sin importarles las consecuencias.

Kennedy fue un renovador, consciente de que el mundo se transformaba con rapidez y de que se requería dar forma práctica a las nuevas concepciones que debían satisfacer las nuevas necesidades. Sin embargo, no era un revolucionario de la violencia. Unía a su afán de innovación un profundo respeto a la tradición, en cuanto esto significa perduración de valores permanentes. Se consideraba heredero de la gran revolución americana, cuya antorcha había pasado a la nueva generación, nacida en este siglo, para preservar la libertad y los derechos del hombre en su patria y en el mundo. Por eso fue un cruzado de la libertad y de la dignidad humanas, y a esta empresa dedicó, dentro y fuera de su país, sus mejores esfuerzos de estadista. En este sentido se hermana con otro gran apóstol de su patria, Abraham Lincoln.

Con el mismo entusiasmo y la misma rectitud moral, abordó otro de los más serios problemas de nuestro tiempo: la lucha contra la miseria, el hambre, la enfermedad y la ignorancia. En su país bregaba por la ayuda legal a los enfermos, desvalidos y ancianos. Pero en el campo internacional fue aún más lejos: quiso que la justicia social creciera en todas partes, alentando los esfuerzos de cada país en este sentido y ofreciendo la valiosa coopera-

ción del suyo. "Si una sociedad libre no puede ayudar a los muchos que son pobres —dijo— tampoco puede salvar a los pocos que son ricos".

Con particular devoción prestó atención preferente a la América Latina. Quiso convertir en hechos las buenas palabras de los gobernantes de su país y ayudar a los hombres libres y a los Gobiernos libres de este Continente a despojarse de las cadenas de la pobreza. Fue así como supo crear una empresa cooperativa continental en que cada país, por su voluntad libre y soberana, aporta sus propios esfuerzos para la finalidad común de elevar el nivel de vida de sus pueblos, aporte que se complementa con la generosa cooperación de los Estados Unidos.

Chile tiene además especiales motivos para condolerse de la gran tragedia que hoy lamentamos. Kennedy, interpretando a su pueblo y a su Gobierno, alivió también a su tiempo la desventura que nos asoló. Sus nobles condiciones humanas penetraron profundamente en los sentimientos de nuestro país, que hoy llora, con el corazón enlutado, su temprano desaparecimiento.

Es muy somero y pálido lo que ahora podríamos decir sobre las proyecciones que tendrá la obra de este gran Presidente, que dedicó su corta vida a luchar "contra los enemigos comunes del hombre: la tiranía, la pobreza, la enfermedad y la guerra misma".

Al cortar la bala asesina la empresa histórica de alcances mundiales que inició, ha quedado un vacío que sólo llenan el desconsuelo y el pesar y que tal vez no nos permite aquilatar con lucidez la enorme pérdida que han experimentado su pueblo y todos los pueblos de la tierra. Pero quiero afirmar la esperanza de que su ejemplo y los efectos de su obra iniciada, sostenida en tan nobles ideales, tendrán que persistir y prosperar; y el mejor homenaje que podemos rendir a su memoria y la mejor demostración de adhesión al

duelo de sus conciudadanos, es la manifestación del propósito firme y decidido de continuar laborando en la realización de la obra tan brillantemente comenzada por él.

El señor FIGUEROA (Secretario). — Los Honorables señores Gómez, Aguirre Doolan, Tarud y Quinteros han formulado indicación para publicar “in extenso”

los discursos pronunciados en la sesión de hoy en homenaje al Presidente Kennedy.

—*Se aprueba.*

El señor ZEPEDA (Presidente).— Se levanta la sesión.

—*Se levantó a las 18.*

Dr. René Vuskovic Bravo
Jefe de la Redacción.